

UNIVERSAL

Junio 2 / 1927

# MILITARISMO Y CIVILISMO

Por el Lic. ESTEBAN MAQUEO CASTELLANOS

Los gobiernos militaristas son consecuencia lógica y fruto preciso, en todos los pueblos, de las guerras o las revoluciones. El estudiante más modorro de Historia, sabe que Grecia y Roma, en sus épocas de gobiernos civiles, caían indefectiblemente en el militarismo después de una guerra extranjera o de un fuerte movimiento social revolucionario. Las mismas democracias sajonas no se han podido abstraer a esta inexorable ley histórico-sociológica. Después de la Guerra de Independencia norteamericana, es Washington el Presidente por dos períodos y lo podría haber sido vitalicio a quererlo, no obstante que había civiles mucho más inteligentes que él para el Gobierno, como Madison, Clay y Adams. Después de la guerra del 47 con México, Taylor, general victorioso, es Presidente; después de la de Secesión, lo es Grant, caudillo triunfante en aquella; y después de la sostenida con España, lo es Roosevelt, coronel, de fama militar más de estruendo que de fondo. Cuando se concluyó la Gran Guerra, el pueblo norteamericano habría elegido a Pershing a falta de Wilson. Francia en el 48 elige a Napoleón y en el 72 al Mariscal Mac-Mahon; y Alemania, como su segundo Presidente, a Hindenburg.

Las revoluciones son, en una mayoría absoluta, fermentadas, insufladas, sugeridas por civiles de los que unos las alimentan con leña espiritual, de ideales honrados, y otros con el combustible de la ambición personal, solapada con hipócritas ideales. El destino de los primeros es el de los hijos de Sturno: que el padre—en el caso la madre Revolución—los devore crudos uno a uno. El de los otros medrar, arriando ahora e izándola después, la bandera que sea del caso. Como a las revoluciones se les dificulta la realización con el apoyo del ejército regular, más o menos pudoroso para quebrantar sus juramentos de lealtad a instituciones y mandatarios, tienen que reclutar sus elementos de combate donde los haya y de la casta que sean: la selección vendrá después del triunfo: es decir, la constitución de la familia militar que haya de reinar por años: si el Gobierno dimanado de la revolución es inteligente para esa selección, podrá perdurar: si yerra en asegurarse a lo mejor, debe descontar su ruina por el cuartelazo o la sedición. Este fue el error de Lerdo en el 76: de Madero en 1913 y de Carranza en 1920, así como el haber desconocido que todo militarismo revolucionario se juzga con derecho, puesto que fue la máquina del triunfo, para que el civil, exaltado circunstancialmente al poder, le deje la herencia de éste como una cosa lógica, estimando siempre la negativa a la herencia como una consecuencia política.

Toda vez que los civiles exaltados al poder supremo por una revolución lo han sido mediante la constitución de un nuevo ejército y de nuevos prohombres de armas, a los que no puede exigirse una condición irreprochable en la totalidad. Pues las revoluciones no se hacen con ángeles ni con profesores de ciencias morales, los civiles exaltados al poder por tal medio, desde el momento en que, aunque tengan una gran fuerza moral en sí, la material la tienen prestada, no son otra cosa que mansos e inermes borregos en ceba para barbacoa militarista. En esto la Historia de México abunda en demostraciones, como la de la América Latina toda. Y así el civilismo aparece comediando, con una pertinacia admirable y siempre, el mismo error. Podría aplicársele en glosa lo que Sor Juana Inés de la Cruz dijo en sus clásicas redondillas: el civilismo hace al niño que pone el coco y después se asusta de él; y quiere que el militarismo que él engendró y prohibió, sea, cuando pretendido, Lucrecia; y en la posesión Thais. Inescrupuloso en la revolución: y al siguiente día una falange de Catones de Utica forrados en pieles de arniño immaculado.

No hay que referirse a tiempos anteriores al 57 en que el militarismo dominó en México en formas desde la brutal hasta la comedida, siendo los Presidentes títeres que movía Santa Anna o cualquier emulo suyo, como don Félix Zuloaga fue

el títere magno en manos de Miramón.

Los civilistas del 57 con Juárez a la cabeza y en la lucha de Reforma crearon forzosamente y a su pesar el militarismo fragmentario que multiplicó a los caudillos regionales a los que Juárez y sus Ministros Ocampo y Lerdo tenían que adular y cortejar dirigiéndoles cartas humildes y perfumadas de lisonjas afines de la humillación. La guerra de intervención proyectó aquel militarismo hasta el 67: y si Juárez pudo lograr su reelección en el 71, lo debió a que, desde el triunfo de la República gobernó en hombros de su Ministro de la Guerra, el general Ignacio Mejía, que si no podía abonarse victorias militares sonadas, era un hombre leal y fanático, más que hacía su palsano don Benito, hacía la Constitución: por eso cuando en enero del 78 el general Fidencio Hernández "mejiista", tomó la plaza de Oaxaca por y para el general Mejía, las vacilaciones de éste, a la sazón Ministro de la Guerra de Lerdo, dieron por resultado que don Porfirio Díaz "le madrugara", aprovechándose de la base de Oaxaca para el triunfo del Plan de Tuxtepec.

El general Díaz incidió, como otros después, y al final de su Gobierno, en la tendencia civilista y por eso en vez de don Bernardo Reyes, general, buscó a don Ramón Corral, civil: para ello contó con que el militarismo de ambiciones políticas, los militares próceros de la Intervención y Tuxtepec habían muerto o estaban viejos e inútiles para montar a caballo como "pronunciados". Si en vez de Corral, de cepa democrática, Reyes es Vicepresidente en 1910, la revolución maderista no hubiera triunfado, por lo menos sin resistencias como triunfo.

Don Francisco Madero, confiado en que era el ídolo popular, y saturado de civilismo hasta la médula, cometió el doble error de bascular veleidamente entre el nuevo ejército, el revolucionario, del que no podía temer por no contar con jefes de otra estirpe que Zapata, Villa y Orozco, de ruda intelectualidad, y el viejo ejército federal lastimado por una derrota sin combates serios, y el de rodearse, en Ministerios y Gobiernos de Estados, de civiles, deshiliando toda la malla militar. Así se le perdió el respeto: y si escapó de ser la víctima de Pascual Orozco por las derrotas que a éste infligió Huerta, no pudo escapar de serlo de éste que, después de Bachimba, Rellano y Conejos, se creyó con derecho a ser Presidente, porque es sabido que en la historia política de México cada militar que sofoca una revolución o gana una victoria de calibre, adquiere, según su criterio coreado por el del público su admirador, algo más que el derecho a la gratitud nacional y a un ascenso: el derecho tradicional e indiscutible a la silla presidencial.

Don Venustiano Carranza, jefe de formidable revolución con caudillos ya seleccionados, cometió a su vez el doble error de no otorgarse grado militar, en un prurito civilista, y de querer imponer una sucesión civilista, cuando en la balanza del militarismo él contaba con los generales de escaso prestigio mientras en el otro platillo pesaban las batallas de Celaya y la Trinidad: y, finalmente, cuando el militarismo procreado por la revolución civilista encabezada por Carranza, estaba ya seleccionado, ávido y pujante. Mi amigo el licenciado don Luis Cabrera cree que a Carranza lo suplició la opinión pública mexicana por la "No reelección". Lo suplició la que ha seguido, sigue y seguirá, en la tradición histórico-política mexicana, al hombre que, sable en mano y a caballo, se dirija al Palacio Nacional; porque allí, donde las masas son analfabetas en aplastante mayoría, están educadas políticamente en la tradición revolucionaria y sólo han oído estrofas marciales para el valor, sobre los civiles mentales y los demócratas de más fina estirpe, triunfarán los pantalones mejor ajustados.

Queda demostrado hasta la saciedad cómo los intentos y las tendencias a producir gobiernos civiles han producido a la inversa el

(Sigue en la 4a. plana, columna 6a.)

El Universal

# Militarismo y...

(Viene de la tercera plana)

militarismo, al tener que apelar los apóstoles civiles a las revoluciones que supuran caudillos militares; y como son así los civiles los que plantan, podan, limpian y hasta riegan con la propia sangre el árbol frondoso del militarismo.

En mi próximo artículo "Cómo se conquista el civilismo" demostraré la única posibilidad que tiene México para ser gobernado civilmente.